

días.» Pero Jesús repuso: «¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?»

Quitaron la losa, y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: «Padre, gracias te doy porque me has oído. Yo bien sabía siempre que me oyes; mas por el pueblo que está alrededor lo dije, para que crean que Tú me has enviado.»

Dicho esto, gritó en alta voz: «Lázaro, ven fuera.» Y en el instante salió el que había estado muerto, atados los pies y las manos con las vendas y con el sudario sobre el rostro. Jesús añadió: «Desatadle, y dejadle ir.»

¡Qué palabras y qué obra! ¡Cuánta caridad en aquel viaje! ¡Cuánta humanidad en aquellas lágrimas! ¡Cuánta humildad en aquella oración! Y ¡qué divinidad en aquella voz imperativa! ¿Cómo se puede dejar de amar al Hombre, y cómo se puede desconocer al Dios?

San Juan Crisóstomo observa el arte misericordioso con que Jesús oculta su divinidad, al mismo tiempo que la divinidad se manifiesta de un modo tan visible. Ruega á su padre, y le da gracias: «Yo bien sabía que siempre me oyes, pero lo dije por este pueblo», dando á entender que si él no necesita orar, tiene en cuenta la debilidad de sus oyentes. El Hijo de Dios sólo atiende á nuestra salvación; así es que en sus palabras abundan las cosas humildes, en tanto que vela las cosas divinas. «Lázaro, ven fuera.» Aquí se reconoce al Verbo, á la voz eterna que habla á la nada y que hace surgir la vida del vacío. «Nunca, observa Bossuet, se había tratado á la muerte de un modo tan imperioso.» «Jesús, nombra á Lázaro, exclama San Agustín, para que no resucitaran todos los muertos.»

La razón se contrista ante los esfuerzos incesantes de la incredulidad contra este milagro, cuya realidad histórica es tan evidente, como su carácter divino: en nuestro siglo ciertos *sabios* se fundan en las lágrimas de Jesús para descubrir que Lázaro no había resucitado, ó que no había muerto. Ya los Santos Padres habían meditado sobre los gemidos de Jesús, que gimió, dicen, por el espectáculo que daban aquellos judíos, cuya incredulidad se afianzaba en un milagro, y que decían: «Pues este que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no pudiera hacer que ese no muriese?» También debió gemir, y hasta en las fibras más delicadas de su humanidad, al ver en el porvenir á tantas almas regeneradas por su bautismo, rechazar la evidencia para irse con los réprobos. En vano nos dice la experiencia que el hombre está sujeto á toda clase de locuras: la locura de injuriar á Jesús no se concibe. ¿No basta negarle? ¿Por qué insultar á tanta bondad, á tanta justicia, á tanto

amor? Es preciso buscar mucho, antes de dar con la causa de semejante delirio, y esa causa es una horrible necesidad: la necesidad de que no haya Dios, necesidad que prueba que Dios existe y que Jesús es Dios.

Para resistir á las negaciones y á las injurias, Jesucristo ha dado á sus obras un poder contra el cual Satanás puede luchar, pero al que nunca vencerá: las ha dado la vida. Lo mismo que todos sus demás milagros, la resurrección de Lázaro es un milagro, por decirlo así, viviente, y que simboliza hasta en sus menores detalles las maravillas que la Iglesia obra todos los días.

El lugar donde se verificó el gran milagro no ha cesado de ser objeto de piadosas peregrinaciones desde los primeros siglos de la Iglesia hasta nuestros días. Santa Elena edificó allí una Iglesia, cuya cripta sería la cueva sepulcral. Existente aún en tiempo de San Gerónimo, un autor de los últimos años del siglo VI dice haber visto en Bethania un gran monasterio y una basilica en la que se contenía la escena de la que salió Lázaro resucitado á la voz de Jesucristo, basilica que, mencionada en los siglos siguientes por otros muchos peregrinos, sería sin duda reparada posteriormente.

A principios del siglo XII el monasterio de San Lázaro y la iglesia del mismo nombre pertenecían á los canónigos del Santo Sepulcro, y algunos años después, á mediados del mismo siglo, la reina Melisenda cedióles Tecua en cambio de Bethania, y transformó el antiguo edificio, engrandeciéndolo y fortificándolo, en un convento de religiosas de la orden de San Benito, permuta que confirmó Celestino II. Para amparar á las religiosas contra las correrías de los árabes, elevó dicha reina una fuerte torre cuadrada, cuya parte inferior, según el parecer de algunos entendidos peregrinos, fué construida con gruesos sillares procedentes de otra obra más antigua. La hermana de Melisenda, llamada Iveta, fué la primera abadesa. Veinte años después, sin duda por arreciar la guerra y por haberse retirado las religiosas á Jerusalén, pasó el monasterio á poder de los caballeros hospitalarios. Caído el reino latino en el año 1187 la abadía, así como la iglesia que de ella dependía, fueron devastadas por los sarracenos; consérvase la torre, si bien en ruinoso estado, y en el lugar que ocupó el templo se alza una mezquita de blanqueada cúpula, pues los musulmanes tienen también en gran veneración la memoria de Lázaro. Con ello quedó cerrado el paso á su sepulcro para los cristianos, pero en el siglo XVI compraron éstos el derecho de abrir otro exterior, lo cual practicaron labrando en la peña una escalera de veintiséis peldaños por la que se llega á una antecámara ó vestíbulo

rectangular de tres metros de largo por dos de ancho; en aquel lugar fué donde Jesucristo dió la voz de: *Lazare, veni foras*.

Bajando aún otros diez escalones se llega á otra cavidad, en cuyo fondo se encuentra un estrecho corredor que encierra el lecho fúnebre del hermano de Marta y María. En estas dos cámaras van los Padres Franciscanos dos veces al año á celebrar el santo sacrificio en presencia de los peregrinos que oran con fervor.

Terminadas las Misas, asisten éstos á una escena que no podría tener lugar en otra parte que allí. Uno de los Padres se reviste para cantar el Evangelio de la resurrección de Lázaro. Todos los que pueden entrar en la cripta, se precipitan en ella con verdadero frenesí, y como movidos de la esperanza de ver renovarse el milagro obrado por Jesús para probar á los judíos su divinidad. En el oficiante se figuran ver al Salvador en el momento solemne en que ordenó que se levantase la piedra del sepulcro; en los ministros que le asisten, á los apóstoles conmovidos y atentos; en ciertas piadosas mujeres que lloran de ternura, á Marta y María; en las jerosolimitanas envueltas en sus blancos mantos y agrupadas en lo alto de la escalera, á las plañideras que venían á hacer oír sus lamentos; y, finalmente, en la muchedumbre que se oprime alrededor de la gruta, á los amigos de Lázaro que iban á consolar á sus afligidas hermanas.

Llegado el patético instante de la Evocación, el sacerdote, dirigiéndose hacia el sepulcro, exclama con fuerte voz: *Lazare, veni foras*, Lázaro, sal á fuera. A este grito, que resuena en la sombría caverna, un glacial escalofrío recorre repentinamente los miembros de los allí presentes, á semejanza de lo que debieron experimentar los testigos del prodigio cuando vieron á Lázaro salir fuera del sepulcro con las ataduras que ligaban sus pies y manos, en lienzo que cubría su rostro y el cadáver en descomposición volver á convertirse en hombre viviente.

Al salir de la cripta, su Padre lee en árabe el Evangelio á los habitantes de Bethania, quienes le escuchan con marcada atención.

Lázaro de Bethania fué el patrón de una orden de caballería instituída en San Juan de Acre, según se cree. Con el doble carácter de religiosa y militar los caballeros hacían voto de combatir á los infieles y de asistir á los templos, y tomaron el nombre de lazarinós.

Otras dos iglesias existían en Bethania; una en el lugar en que estuvo edificada la casa de Marta y otra en la que ocupó la de Simón el Leproso; de ellas quedan poquísimos vestigios.

La aldea actual de Bethania, llamada *El Azaryeh*, nombre derivado del de Lázaro, en otro tiempo la más preciosa de las villas ó poblaciones

es habitada por una treintena de familias musulmanas. Pálidos, tristes y estériles campos han substituído á las risueñas campiñas por donde pasaba Jesús como radiante visión. Caminos pedregosos y devorados por un sol abrasador han reemplazado á los umbrosos senderos guarnecidos de árboles. Pero felizmente la fe da vida á la historia, y las cosas ya pasadas resucitan y reaparecen en su antiguo ser.

Saliendo á las inmediaciones pueden visitarse restos de antiguos edificios. En un cerrillo, á la salida del pueblo, muéstrase una piedra larga como de un metro, en la cual es tradición que estuvo sentado Jesús cuando Marta saliéndole al encuentro le dijo: «Señor, si hubieses estado aquí no habría muerto mi hermano.» Llamóse la Piedra del Colquio.

Entre la aldea y la capital, á un kilómetro de la primera y veinticinco minutos de la última, hallóse antiguamente situado el pueblecillo de Betphage, nombre que según su etimología, significa, *Tierra de los higos, Casa de la boca y embocadura de los valles*, sin duda por las higueras que allí crecerían. Otros lo traducen por *Casa de las Quijadas*, por pertenecer á los sacerdotes del templo de Jerusalén y ser las Quijadas de las víctimas inmoladas la parte que á ellos estaba reservada. Así lo traduce San Gerónimo. Este pueblo fué hecho famoso al referir los Evangelistas que á él envió el Salvador, dos discípulos en busca del pollino en que había de hacer en Jerusalén su triunfal entrada. Cuando se acercaron á Jerusalén y Bethania, dice San Marcos, envió Jesús dos discípulos diciéndoles: «Id al lugar que está enfrente de vosotros, y luego que entraréis en él hallaréis un pollino atado, sobre el que no ha subido aún ningún hombre: desatadlo y traedlo; y si alguno os dijese: ¿Qué hacéis? decid que el Señor lo ha menester y luego os lo dejará traer acá.» Fueron aquellos dos discípulos y hallaron al pollino atado á la puerta, fuera la encrucijada y lo desatan. Algunos que estaban allí presentes dijeronles: «¿Qué hacéis desatando al pollino? y respondieronles los discípulos lo que su Divino Maestro les había mandado y se lo dejaron. Trajeron el pollino á Jesús y echaron sobre él sus ropas y se sentó sobre él.

En memoria de este suceso los primeros cristianos incluyeron en un oratorio una gran piedra situada cerca de Betphage en la cual, según tradición, se detuvo unos momentos Jesucristo á orillas del camino mientras sus discípulos se dirigían al pueblo á cumplir su mandato, sirviéndole luego de estribo para montar su humilde cabalgadura. A últimos del siglo XII mostrábanse aún capilla y piedra, pero tiempo después ni de la una ni de la otra quedaron conocidos vestigios; pues

destruida la capilla por Cosroes y modificada por Godofredo de Bouillon, fué de nuevo reducida á escombros por los musulmanes y sepultada bajo sus propias ruinas, sin que la tradición olvidase jamás el sitio que había ocupado. Esta tradición se confirmó recientemente por el descubrimiento que se ha hecho en estos últimos años del monumento erigido en memoria de aquel suceso. He aquí como fué.

En la primavera de 1876 aconteció que cavando un árabe la tierra en busca de piedras para edificar, chocó su azadón con un pedrusco pulido y resistente cubierto de pinturas é inscripciones. Este hombre, en la esperanza de una buena propina, corrió á dar noticia del hecho al archimandrita griego, quien le acogió favorablemente; mas la guerra le hizo abandonar el negocio.

En el día de Santa Magdalena de aquel mismo año, los religiosos Franciscanos se encontraron en Betphage según costumbre de que hablabamos, para leer allí el Evangelio, y durante la ceremonia un Padre de las Escuelas Cristianas apercibió en la estela mal encubierta algunos caracteres latinos que enseñó al Padre Custodio. Este juzgó importante el hallazgo; y apenas volvió á Palestina Fr. Liévin, quien á la sazón se hallaba en Europa é instruido convenientemente por el reverendísimo P. Custodio, se dirigió al bajá pidiéndole la necesaria autorización para hacer las excavaciones. Esta gracia fuéle concedida gustosamente por el Gobernador. Al día siguiente Fr. Liévin y una porción de trabajadores llegaban á Betphage y ponían al descubierto la piedra Santificada nada menos por el contacto de los pies divinos y adornada de pinturas delicadas en toda su superficie. Fr. Liévin lleno de gozo inefable, escribió al capitán Guillemot, pidiéndole su concurso, suplicándole que fuese cuanto antes á dibujar la piedra, sus pinturas y sus inscripciones. Esta providencia del insigne Franciscano es tan digna de alabanza como el descubrimiento mismo, conforme puede verse en la siguiente relación que hace el inteligente y concienzudo capitán de las vicisitudes de su trabajo.

«Apenas pusimos manos á la obra, dice, cuando la sórdida codicia de los fellahs comenzó á crearnos mil embarazos. Cada habitante quería ser propietario de aquel terreno, que hasta entonces había estado baldío y abandonado; y para colmo de la desgracia, la aldea de Bethania sostenía también que era suyo por hallarse enclavado en su territorio. Tuve, no obstante, tiempo de copiar dos restos de inscripciones y de hacer un croquis del lado Norte del fresco, que representa al amo del *Castellum* concediendo á los dos discípulos el permiso de llevarse el asno y el pollino.

»Cuando volví al día siguiente para rectificar mi dibujo, las exca-

vaciones habían sido enteramente cegadas, y en parte vueltas á hacer de nuevo. Por fortuna lo que yo necesitaba no estaba tapado. Al día siguiente la misma comedia; no estaba descubierta sino la cara que miraba al Oeste, y esto no del todo. Sin embargo, me fué posible dibujar algunas figuras. Dos días después sólo se veía la parte superior de la estela. Estos debates procedían de que ciertos fellahs abrían las excavaciones con el fin de obtener un buen premio, mientras que otros las cegaban por envidia y celos de los anteriores.

»En este apuro, recorrió Fr. Liévin al bajá, quien se apresuró á cubrirnos bajo su protección. Dictó enseguida órdenes terminantes á los jefes de la aldea de Bethania para que no nos molestasen, mandando además colocar un gendarme cerca de las excavaciones, con lo que pudimos continuar nuestras tareas con calma y tranquilidad.

»El fresco que yo había copiado con tanto cuidado había sido notablemente deteriorado por el contacto de los azadones y el frotamiento incesante de una tierra mezclada con piedras de todos tamaños. Por esta causa habían desaparecido muchas letras de las inscripciones. Al ver esto me apresuré á copiar todo lo que de ellas restaba, fué una buena inspiración; pues durante una corta ausencia todo fué roto por una mano desconocida.»

Las excavaciones emprendidas por desembarazar el monumento, han encontrado en los indígenas toda suerte de obstáculos, que no han podido ser vencidos sino merced á la intervención del Gobernador de Palestina, Rauf Bajá, quien á los competidores que se disputaban las excavaciones, decía en un fervor de justicia y de patriotismo á la vez: «Dejad trabajar á Fr. Liévin que es una de las glorias de nuestra ciudad.»

Dos años se pasaron de esta suerte. La estela se deterioraba continuamente por estar expuesta á la lluvia, al viento y al sol. En vano un bienhechor había dado el dinero necesario para su adquisición; los Franciscanos no podían adquirirla á causa de las querellas que tenían entre si los que se decían sus propietarios. Uno de ellos propuso al fin cederla por cuarenta y seis mil francos, pero habiendo visto que los religiosos la rehusaban bajó el precio hasta catorce mil. El terreno fué comprado, pero por falta de fondos para continuar los trabajos hubo que volver á encubrir el monolito á fin de ocultarlo á la indiscreta devoción de los peregrinos. Por fin, en 1883, volvieron á emprenderse de nuevo las excavaciones con gran actividad, poniendo al descubierto, no solamente la preciosa roca, sino también los restos del antiguo santuario y de otras construcciones adyacentes. Hubiera querido Fr. Liévin devol-